CAMILO JOSE CELA Y JOSE MARIA ARGUEDAS:
EN LAS SENDAS COMUNES DE LOS NOBLES
PUEBLOS OLVIDADOS*

por: Estuardo Núñez

En los últimos meses de la década del 50, apareció en Lima una serie de cinco volúmenes a la rústica con el título "Festival de la Literatura Española Contemporánea", los cuales contenían una muestra bastante ilustrativa de la literatura española posterior a la Guerra Civil de 1936-1939. La confeccionaron cuidadosamente los jóvenes diplomáticos españoles y poetas por añadidura, José María Alonso Gamo y Julio Garcés, radicado este último muchos años en el Perú, de breve pero exquisita producción inspirada sobre todo en los recuerdos de su amada tierra natal; Soria.

Muy pocas noticias teníamos en el Perú hasta entonces acerca de la nueva producción española, por lo que la serie llenó un vacío aunque circuló en medios minoritarios dado su carácter de edición no venal. El primer volumen estaba dedicado a la poesía, con la revelación de Alberti, Aleixandre, Dámaso Alonso, Luis Cernuda, Gerardo Diego, Luis Rosales, Leopoldo Panero, Dionisio Ridruejo, García Nieto, Jorge

* Palabras leídas por el Director de la Academia Peruana de la Lengua, en el homenaje a Camilo José Cela, el jueves 5 de julio de 1990, con motivo de su visita al Perú.

Guillén, José Hierro, Blas de Otero, José María Valverde y muchos otros más, entre los que se incluyeron los propios compiladores, la mayor parte pertenecientes a la generación del 27.

El segundo tomo cubría el campo de los ensayistas que comenzando por Unamuno, Ortega, Marañón y otros, culminaba en Pedro Laín Entralgo.

El tercer volumen traía una selección de cuentos, un tanto deficiente en número, en la que brillaban Alonso Zamora, Miguel Delibes, Rafael Sánchez Feriosio. Por allí asomaba un joven imberbe dado a las sorpresas de la vida moderna, llamado José Cela Trulock, que no era Camilo José sino su hermano.

El teatro ocupaba el cuarto volumen de la serie, con sólo tres piezas: las de Antonio Buero Vallejo, Luis Delgado Benavente y Alfonso Sastre. Pero la sorprendente revelación estuvo en el quinto volumen dedicado a la novela; nos dio a conocer un solo nombre, con todo el lustre de la celebridad ya lograda, el de Camilo José Cela, con su novela primigenia *La familia de Pascual Duarte*.

Gracias a esa serie nos fue revelada en el Perú la existencia de una nueva generación española y, dentro de ella, la obra de un escritor como Cela, cuya novela *Pascual Duarte* marcó un nuevo rumbo de la narrativa española contemporánea. Al cabo de medio siglo de aparecida esa novela memorable, agregada a una considerable obra posterior, constituiría, en conjunto, la credencial imponente para merecer el "Premio Nobel de Literatura" que le ha sido concedido a Camilo José Cela, en reciente fecha.

Cela fue una voz, entre tantas otras voces entonces acalladas, que incitó a la renovación de los enfoques novelescos, a la intensificación de las versiones anímicas del texto, al empleo de un léxico vital e inusitado en el relato. Pudo alcanzar a ser, antes que muchos, el calificado reformador de la narración

y de la gestación de un impulso nuevo con apertura de otra etapa en el panorama de la novela española.

Acaso *Pascual Duarte* sugiere un paralelismo con el destino y la imagen de la novela hispanoamericana de los últimos tiempos. *La familia de Pascual Duarte* pertenece a la misma estirpe de hondas inserciones de vida revelada por el novelista mexicano Juan Rulfo, insigne maestro de la prosa, dotada del mismo tono confidencial y lacerante de su *Pedro Páramo*.

A su vez *La Colmena*, la segunda novela de Cela, es una narración a trozos, a segmentos o pequeños conjuntos, pero con una estructura interna perfecta pues los fragmentos se sueldan con un pegamento milagroso que es la poesía, penetrante en toda la novelística de Cela y que impregna también los subsecuentes libros de impresiones de viaje, especialmente las referidas a la región conocida como La Alcarria. Sus notas de andar y ver sobre dicha comarca, conforman algo que no es una novela, sino una peculiar descripción geográfica al igual que otros textos suyos, como *Viaje al Pirineo de Lérida* (1955), *Del Miño al Bidasoa* (1952), *Nuevo viaje a La Alcarria* (1986) y otros relatos de igual jaez.

Su libro inicial de este carácter, *Viaje a la Alcarria*, merece consideración detenida como obra característica y acaso capital de Cela. Por esas comarcas, por esas provincias que según Cela "son en definitiva el país", por esos pueblos, a veces inhóspitos, a veces acogedores, el viajero suele "andar vagando", hablando con las gentes, mirando las cosas, disfrutando de las "honestas delicias campesinas" y observando las actitudes de los habitantes, fijándose en detalles a veces nimios pero siempre significativos en su simplicidad; no le interesan tanto al viajero las ciudades o los pueblos grandes, como Cifuentes o Pastrana, sino los pueblecitos humildes, los caseríos pobres.

Su preocupación y su objetivo están puestos en esas aldeas donde se conserva la tradición del idioma y las buenas

costumbres, el sentido cabal del hombre y de la mujer. Para describirlas acoge una "carga" estilística peculiar de nombres sustantivos y adjetivos que sabiamente usados conducen a la mejor apreciación de personajes y situaciones.

Tal riqueza de léxico, tal despliegue de escritura llana y directa, sin giros retóricos, alcanza como resultado la mejor prosa de viajes, henchida de la expresión humana encontrada al azar en el curso de su vagabundeo al trote de la lenta locomoción de la mula o al paso de su vigorosa humanidad.

Obra un tanto postergada por razones contingentes de índole política, referida a los habitantes de regiones olvidadas de la tutela gubernativa, *El viaje al país de la Alcarria* no sólo revela el interés del viajero por conocer el país natal, no sólo refleja la aventura del viaje a lo olvidado y desconocido, sino al mismo tiempo, la inquietud por el destino y las características de los pueblos pobres, dignos por su señorío y prestancia humana de una mejor suerte.

Encontramos en la inmensa producción literaria de Cela esos volúmenes que contienen su proyecto de viajes por las regiones desconocidas o postergadas de la España eterna. Las traemos a la atención de los lectores peruanos y españoles dada nuestra particular afición por esa índole de relatos. Los mejores dones del escritor se han volcado en impresiones de viaje por las regiones de Guadalajara, Andalucía, los Pirineos y la costa cantábrica. No se repetirán en muchos años sus aportaciones imprescindibles para juzgar la vida colectiva, los elementos telúricos y la impresionante y memorable versión suya acerca de la realidad de la España profunda en regiones tan diversas en el centro, el sur, el norte y el este de la península.

El viaje a la Alcarria no es el relato de una simple excursión por las provincias. Es una narración anovelada, que recoge multitud de situaciones curiosas e inesperadas, producidas por personajes pintorescos. Es singular su apreciación del paisaje siempre donosamente descrito. Es también un

documento vivo de denuncia social y el libro cálido de una temprana madurez.

Treinta años después de publicada esa obra ha de aparecer un *Nuevo viaje a la Alcarria*, que abarca otro sector de la misma región, también cabalmente descrita con más acentuado estilo de barrocas excelencias y de ciertas reminiscencias y regocijados ejemplos de clásico sabor.

La lectura de esas páginas del *Viaje a la Alcarria* nos hacen recordar, sobre la geografía sudamericana, los antiguos periplos por el Perú de Pedro Cieza de León o Antonio Vázquez de Espinoza o los modernos textos de José de la Riva Agüero o Aurelio Miró Quesada Sosa. En las páginas de Cela apuntan su desenfado, su arraigo en el léxico coloquial y el estilo de frase corta y directa que llena de contenido sugerente la secuencia narrativa.

En un libro todavía poco apreciado en su permanente importancia, el peruano José María Arguedas relató sus experiencias de un itinerario por tierras españolas (*Las comunidades de España y el Perú*), Lima, UNMSM, 1968) con impresiones de unas tierras de España poco transitadas aun por los propios españoles. De esas zonas de difícil acceso de la provincia de Zamora eran los pueblos de Sayago y Bermillo, donde Arguedas descubre la España profunda y la identificación socio-histórica de Sayago con muchos pueblos del mundo andino del Perú.

Es revelador que, paralelamente, Arguedas y Camilo José Cela, hayan escogido un escenario en cierta manera semejante, dentro de la misma España: de un lado la Alcarria, junto al Tajo, hacia el norte, meseta alta de la región de Guadalajara, tierra de erosión y páramos, y de otro lado, Sayago, tierra pobre de la provincia de Zamora, de helados inviernos, situada en la comarca del Tormes, distantes sin embargo, una de la otra, muchos kilómetros.

El libro de Arguedas quiso ser un estudio de antropología social, pero resultó eso y algo más. Acaso se junta a ese empeño, la vivencia de un creador inquieto, de un luchador que denuncia las carencias, la pobreza dignamente sobrellevada, el aliento de una reforma que el autor ansía tanto para el labrador español como para el indio peruano campesino de las serranías de Apurímac, Cuzco o Huancavelica. En una faceta decisiva se enlazan ambos escritores. Si bien Cela maneja la palabra con dominio singular y rica solera para extraer de ella el mejor partido, también alienta como Arguedas la preocupación antropológica más allá de la factura literaria. Los dos ámbitos de su preocupación y de su inquietud, donde mora el hombre marginado español y el hombre marginado peruano, parecen confundidos en un aliento de acceder a un mismo plano radical de justicia y redención humana.

Es así como identificados en la inquietud humana y social, dos escritores distantes pero viviendo semejantes y comunes inquietudes de una misma generación, coinciden en sus propósitos. Por eso Camilo José Cela resulta más cerca de los peruanos antes de haberse acercado al Perú.